

La bella y la bestia : un ensayo colectivo a partir de la lectura de "Belleza y violencia: una relación aún por entender" de Michael Taussig	Titulo
Blázquez, Gustavo - Compilador/a o Editor/a; Liarte Tiloca, Agustín - Autor/a; Villarreal, Agustín - Autor/a; Reches, Ana Laura - Autor/a; Prado, Ana - Autor/a; Rubini Pisano, Mariel Anouk - Autor/a; Castro, Cecilia - Autor/a; Díaz, María Cecilia - Autor/a; Bianciotti, María Celeste - Autor/a; Brollo, Daniela - Autor/a; Heredia, Fabiola - Autor/a; Ravarotto Köhler, Florencia - Autor/a; Robledo Achával, Gabriela - Autor/a; Arndt, Julieta - Autor/a; Tamagnini, María Lucía - Autor/a; Mendoza, Oliverio - Autor/a; Rodríguez, Rocío María - Autor/a; Ruiz, Sandra - Autor/a; Viñolo, Sol - Autor/a; Díaz Marengo, María Victoria - Autor/a;	Autor(es)
Córdoba	Lugar
CIFFyH - UNC	Editorial/Editor
2019	Fecha
	Colección
Reseña bibliográfica; Paro activo; Lectura; Taussig, Michael; Violencia; Ensayo; Córdoba; Argentina; América del Sur;	Temas
Doc. de trabajo / Informes	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.org/Argentina/ciffyh-unc/20200526082249/documento1.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Compartir Igual CC BY-NC-SA http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.org>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.org



La bella y la bestia

**Un ensayo colectivo a partir de la lectura de
*“Belleza y violencia: una relación aún por
entender”* de Michael Taussig**

Cátedra de “Teoría Antropológica III” del Departamento de
Antropología de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC

Proyecto “Antropología de la noche: formas de sociabilidad y
subjetividades contemporáneas en Córdoba”. (SECyT/CIFFyH, UNC)

Córdoba, Argentina

2018/2019

Índice

Introducción. Gustavo Blázquez.....	2
Las marcas del diseñador. Agustín Liarte Tiloca.....	8
La sonrisa del Estado. Agustín Villarreal.....	9
S/t. Ana Laura Reches.....	10
Filtros y Likes. @anita.prado.....	11
Cuando el lobo vuela muy cerca del sol. Mariel Anouk Rubini Pisano.....	12
Fiestas infantiles temáticas: princesas y piratas. Cecilia Castro.....	13
Extracto de un instante. María Cecilia Díaz.....	14
S/t. María Celeste Bianciotti.....	15
República y Realeza. Daniela Brollo.....	16
My tattoos. Fabiola Heredia.....	17
Brillo y mugre. Florencia Ravarotto Köhler.....	18
Maria de los dildos. Gabriela Robledo Achával.....	19
Érase una vez. Julieta Arndt.....	20
El derroche impregna las artes de gobernar. Lucía Tamagnini.....	21
Aiiiudaaa! Aiiiudaaa! Oliverio Mendoza.....	22
Hasta la pista, baby. Rocío María Rodríguez.....	23
¡Qué culo que tengo! Sandra Ruiz	24
Poesía y Dionisio. Sol Viñolo.....	25
“Así quedará el futuro nudo”. María Victoria Díaz Marengo.....	26

Introducción

Durante el segundo semestre de 2018, en el contexto del paro universitario en puesto educativo, quienes formamos parte de equipo de investigación “Antropología de la noche” radicado en el CIFFyH y de la cátedra de “Teoría Antropológica III” del Departamento de Antropología de la Facultad de Filosofía y Humanidades nos abocamos a leer “Belleza y violencia: una relación aún por entender” de Michael Taussig. El texto publicado originalmente en inglés en 2012 por the University of Chicago Press con el título “Beauty and the Beast” fue traducido al castellano y editado por la Universidad del Cauca (Colombia) en 2014.

Cada miércoles de 15 a 18 hs. nos reuníamos en el aula del CIFFYH donde alguien leía en voz alta las páginas del libro deteniéndonos para plantear dudas, disfrutar nuevamente una frase, esclarecer alguna palabra, discutir una idea o transferir las inferencias del autor al contexto local a partir de la exposición de experiencias propias.

Esta actividad no respondía directamente a los objetivos de la pesquisa o de la cátedra ni fue planificada con anterioridad. El “paro activo”, antes que suponer el abandono de los puestos de trabajo y el cese de las actividades, nos “obligaba” a ocupar el espacio universitario para desplegar acciones diferentes (y semejantes) de las cotidianas. No se trataba de hacer paro “a la japonesa”, es decir incrementando la producción, ni pretendíamos “aprovechar” el tiempo que liberaba la medida de fuerza para finalmente acercarnos a esos libros que siempre nos quedaban pendientes. Sólo se trataba de leer por el placer de leer colectivamente un libro que planteaba la sinergia entre el glamour y el terror.

La forma en que nos plegamos a la consigna de lucha y encaramos la fuerza del oxímoron que suponía la propuesta de un paro activo fue la construcción de un espacio-tiempo para estar juntas y juntas exorcizar mediante el ritual que mejor conocíamos, la lectura crítica, los poderes establecidos que, una vez más, nos arrojaban a la pobreza económica y la precariedad existencial. Según suponíamos, entender porque nos fascinan las historias que terminan mal, una de las cuestiones que aborda el texto, nos permitiría activar en un presente que de manera ominosa, citaba un pasado ya vivido por varies de nosotres.

El levantamiento de la medida de fuerza, aún sin conseguir la satisfacción de los principales reclamos, y la nueva obligación de volver a la “normalidad” con el consiguiente dictado de las asignaturas atentaron contra la continuidad de los encuentros. Progresivamente, las reuniones se ralearon y de la veintena de participantes originales a fines de año sólo continuaron algunas.

Como un modo de dar cuenta de esas lecturas y discusiones proponemos este ejercicio de escritura que no pretende desenmascarar la mitología depositada en

consignas como “paro activo” sino convivir con ella. Antes que una reseña o un análisis crítico del libro, la siguiente colección de palabras e imágenes debe entenderse como un conjunto de “imágenes dialécticas” (Benjamin, 2003 [1935]) que procuran detener el flujo del pensamiento y atraer la reflexión.

En “The Wolf Corn”, el primer ensayo del libro homónimo que Taussig publicó en 2015, el autor se pregunta por la escritura etnográfica, especialmente de la tesis doctoral, definida como la parte más difícil del trabajo. En su análisis distingue entre una “escritura agronegocios” y una “escritura Sistema Nervioso”. Según afirma, a la primera la “encontramos por toda la universidad y cualquiera la reconoce cuando no la ve” Esta escritura, propia de lo que suele llamarse *paperismo* o manía por publicar producida por las obligaciones de alto rendimiento académico,

es un modo de producción (ver Marx) que oculta los medios de producción, asumiendo que la escritura es información que debe ponerse aparte de la escritura que tiene poesía, humor, azar, sarcasmo, tomadas de pelo, el arte del narrador, y el sujeto deviniendo objeto. La escritura agronegocios asume a la escritura como un medio y no como una fuente de experiencias para el escritor y el lector.

La escritura agronegocios asume la necesidad de explicar cuándo lo que está en cuestión es por qué se requiere una, y que es una explicación y cómo Ud. hace una y qué raro es todo eso (Taussig, 2015:5-6).

La segunda, excluida de la vida académica y reducida a ejercicios poéticos y experimentos creativos,

es aquella escritura que se descubre a sí misma implicada en el juego de los poderes institucionalizados como un juego de tretas y engaños y como si se tomara como real en la cual se espera que Ud. juegue siguiendo las reglas solo para descubrir que no hay ninguna y entonces, como un pez, colgando del anzuelo, Ud. es arrojado en un reconocimiento, que rompe la espina dorsal, que sí! Que después de todo, hay reglas. Y así continúa. No un sistema sino un Sistema Nervioso, un nerviosamente nervioso Sistema Nervioso (Taussig, 2015:8).

Para enfrentar el pretendido realismo de la escritura agronegocios y sus poderes mágicos, Taussig propone “una escritura apotropaica como contramagia, apotropaico del griego antiguo, significa el uso de la magia para protegerse de la magia dañina” (Taussig, 2015:10). Una escritura que confunda ficción y no ficción, comenzando por el reconocimiento de que esa distinción es ficcional y necesaria. “Eso también es un Sistema Nervioso, el endoso de lo real como realmente hecho” (Taussig, 2015:11).

Como en “La magia del Estado” que Taussig publicó en 1997 donde analiza la peregrinación a una montaña mágica en un país latinoamericano del cual sale petróleo y entran mercancías, “Belleza y violencia” exploran esa contramagia

protectora, apotropaica, tan semejante a la ramita de ruda macho y la cintita roja para combatir el mal de ojos.

A través de sus 19 capítulos, la nota del autor y agradecimientos, el texto que leímos juntos, casi recitándolo, se preocupa por la estética de la ropa, el cuerpo humano, especialmente femenino, los apodos y “nombres de guerra”, los cañaverales colombianos, la violencia narco y paramilitar. Con un lenguaje poético y decenas de fotografías, se pregunta por la belleza. No tanto por la forma y los sentidos de los símbolos sino por su fuerza, por el poder emocional y la excitación corporal que genera y gestiona la belleza. Taussig entiende a esa fuerza como exceso y exuberancia y si bien invierte la idea de Bataille para quien “la exuberancia es belleza”, retoma su lectura en clave de *dépense* o “gasto improductivo”.

La belleza no estaría separada de la economía. Su presencia constituiría parte del “hecho social total” entre “Los Nuer” de Evans Pritchard o en “Los jardines de coral” de Malinowski y con más más fuerza aún en las sociedades contemporáneas. El principio de utilidad resultaría cada vez más insuficiente para comprender nuestras sociedades cada vez dependientes de la estética. Una abuela arrepentida contaba en TV qué votó a Macri porque bailaba (...) lo veía alegre, con una familia”. <https://www.youtube.com/watch?v=pqdwvVtOTO0>

Pero no sólo nos atrae la belleza, el brillo, lo *cool* o *chévere* como fue traducido al castellano, las cirugías estéticas a las que el autor llama “cirugías cósmicas” (Taussig, 2014:11), la “narcoaperiencia inspirada en las mujeres jóvenes que pertenecen, o desean pertenecer, a narcotraficantes fabulosamente ricos” (Taussig, 2014:10), la *imago* de la novia del traficante con su 90-60-90. Las historias de infortunios, las que terminan mal, como la de la vedette con el rostro desfigurado por una cirugía plástica, nos fascinan aún más. El primero de los infortunios, señala Taussig es que cada vez menos profesionales de la medicina se dedican a tratar la enfermedad corporal y se reorientan para tratar la apariencia corporal. *Dépense*.

En su análisis de la lógica del “gasto improductivo”, Taussig expande los argumentos de Bataille y nos relata la historia de la millonaria de New York que decidió no usar más su lujoso Rolls Royce porque en épocas de recesión se sentía incómoda con esa exhibición de *dépense*. Para ello debía gastar grandes sumas y pagar el alquiler del vehículo puesto que estaba atrapada por un contrato a largo plazo. Aún tratar de no gastar, puede suponer *dépense*. El privilegio de parecer ahorrativo, racional, equilibrado puede suponer un gran “gasto inútil”. A estos dos momentos se suma un tercero que es el del amor y la fascinación de quienes no tienen ese Rolls Royce al verlo circular por las calles. Dos mujeres de mediana edad que lo cruzaron en la esquina de 59th y Madison, “Lucían como si

lo que acababan de ver fuera lo mejor que les había pasado ese día, como si hubieran visto un pájaro raro y encantador en vuelo” según las describe el texto periodístico que cita Taussig (2014:34).

Estimulados por la lectura, nos preguntamos si el paro no era “gasto inútil” y si el “paro activo” no se correspondía con el segundo momento lógico, semejante al de la millonaria que quería ser *cool*. Si fuera así, dónde y cuándo se daba el tercer movimiento, quiénes, si había alguien, se fascinaban con esta medida de protesta. ¿A quiénes aterraba?

Centrándose en la estética de la policía antimotines y sus trajes de la muerte, especialmente aquellas partes que Ud. mira de reojo, el autor se pregunta: “Pero ¿el poderoso bulto de mi cubre pene no atare atención sobre mi vulnerabilidad e, incluso, tal vez provoca la ira y el fuego de mi enemigo? ¿No es aún más atrayente en su repulsión?” (Taussig, 2014:87) ¿No es aún más atrayente en su repulsión? Repetimos una y otra vez. La mezcla de carisma y odio crearía el aura mágica de esos relatos, cuerpos, imágenes.

La estética del traje policial o de la mutilación creativa como el “*bocachico* en el que se hacen cortes superficiales en el cuerpo y la víctima se desangra lentamente hasta morir (el nombre refiere a una manera común de preparar el pescado para freír, haciendo cortes paralelos en ambos lados)” (Taussig, 2014:95) resulta aterradora. Más aún, analiza Taussig, “cuando Ud. se da cuenta de que está diseñada y no es, simplemente, la efusión de ira, intimidación y frustración” (2014: 99).

Para dar cuenta de esa sinergia entre la belleza y el terror, Taussig retoma las reflexiones de Walter Benjamin sobre la autoridad del narrador relacionada con la muerte y monta, al modo de la “escritura Sistema Nervioso”, una colección de cuentos de hadas. Historias como la del papel higiénico del narco con sus iniciales estampadas en oro, el oso de peluche y la televisión roja que carga una familia de campesinos desplazados en Colombia, los senos de siliconas que explotan, el diseño de una sonrisa y una nueva cara para un paramilitar, la transformación del paisaje para el desarrollo de la agricultura intensiva, el gasto de la capa fértil de la tierra que llevó milenios en formarse, cuentos de cazadores de tendencias en New York, liposucciones en una pequeña ciudad latinoamericana, zapatillas y cremas de belleza, peinados y vestidos, mixturan la ficción y la no ficción. *Dépanse*.

En su historia de la belleza, el autor describe un extenso y veloz movimiento de la producción al consumo y de la “ropa de trabajo” a la moda que en las regiones de Colombia donde realiza trabajo de campo desde la década de 1970, supuso que las casas y sus pueblos se transformaran cada vez en más horribles. En este contexto de avance capitalista, pauperización creciente, destrucción del medio ambiente, violencia estatal, narco y paramilitar, donde todo se vuelve cada vez

más y más feo, la belleza de la ropa, el estilo la música y la danza se han vuelto más pronunciadas. “A medida que se extiende la fealdad y las calles se vuelven locas con la violencia y con sus relatos salvajes, los muchachos se vuelven audaces y hábiles en ser hermosos, convirtiéndose en obras de arte en un mundo dirigido a eliminarlos como ellos se eliminan entre sí” (Taussig, 2014:146). Nos preguntamos, ¿Puede el subalterno ser bello? ¿Cuál es el precio? Porque como nos recuerda el texto, *No lunch free*, “ ‘no hay tal cosa como un almuerzo gratis’. A veces añaden ‘mi amigo’ ” (Taussig, 2014:21).

Como si se tratara de un caleidoscopio, las imágenes no dejaban de aparecer al pasar las páginas hasta que sobre el final, Taussig vuelve sobre su primer libro de 1980, donde analizó el fetichismo de la mercancía y el pacto con el diablo en esos mismos cañaduzales donde, por lo menos hasta ayer, las mujeres se sometían a cirugías cósmicas y los narcos y paramilitares diseñaban sus nuevos rostros y sonrisas “¿No resuenan, perfectamente, mis historias de la lipo y la cirugía cósmica con el relato del pacto con el diablo? ¿Qué podría ser más cósmico?” se pregunta el autor (Taussig, 2014:200).

La forma de análisis social que nos propone “Belleza y violencia” supone reconocer que la historia avanza con rupturas hechas de senos que explotan, cuerpos mutilados, grandes plantíos de soja o cañaduzales que acabaron creando monótonas entidades vivientes que son profundamente anti-vida y también de toma de los pabellones universitarios. Cuando “el diablo usa Prada y la moda se burla del tabú con una fuerza cada vez más electrizante a medida que el reino de la estética abarca las mutilaciones corporales de los paramilitares junto con las mutilaciones agroindustriales de nuestra Madre la tierra” (Taussig, 2015:201) se borrea la distinción entre magia y tecnología, surrealismo y realismo.

La lectura del texto nos permitía atender a la sinergia entre el glamour del abrazo solidario al Pabellón Argentina, edificio central de la UNC, que protagonizaron autoridades y miembros de la comunidad universitaria y el olor nauseabundo que pocos días después despedían las historias sobre la comida que se podría en las heladeras del bar de ese mismo edificio tomado por estudiantes. *Dépende*, repetíamos mientras nos reíamos a carcajadas hasta que se nos deformaba la cara.

Gustavo Blázquez

Mayo, 2019

Bibliografía

Benjamin, W. 2003 [1935] La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. México, DF: Itaca

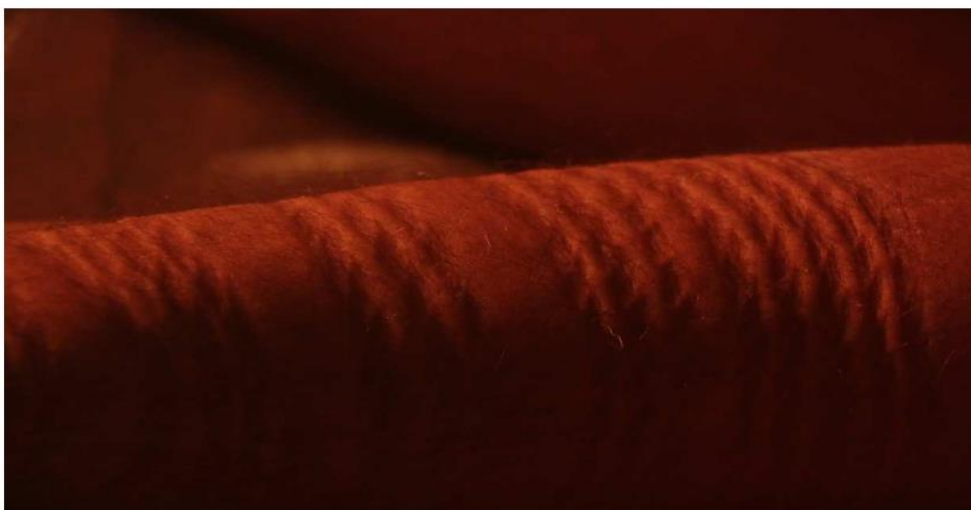
Taussig, Michael. 2014. *Belleza y violencia: una relación aún por entender*. Popayán, Cauca: Universidad de Cauca

Taussig, Michael. 2015. *The Corn Wolf*. Chicago - Londres: University of Chicago Press

Las marcas de diseñador // por Agustín Liarte Tiloca

Una noche de lunes, a mediados del año 2016, me encontré con Eugenia en una casa cultural de la zona céntrica cordobesa donde asistíamos semanalmente a un taller de *bondage*. Esta categoría referenciaba una práctica socio-erótica que consistía en producir ataduras e inmovilizaciones sobre el cuerpo de una persona, preferentemente con cuerdas. Antes de iniciar la clase, me mostró unos moretones en su nalga derecha, cuyos colores viraban desde violáceos a diversos tonos de verde y amarillos. Mi primera reacción fue pedir disculpas, puesto que aquellas marcas eran producto de una sesión de *spank* –golpes– que habíamos mantenido el fin de semana anterior en un evento *BDSM*. Sin poder dejar de mirar la zona, al mismo tiempo que me tapaba la boca y pensaba que me había propasado, escuché que ella reía. Tras levantar la vista, un poco atónito por su respuesta frente a mi preocupación, dijo:

“tonto, te muestro porque me gustan”



La fotografía fue tomada por Rolando Martín Escudero como parte de la foto-performance *Las marcas del placer* (Córdoba, 2018).

La concurrencia a estos talleres y eventos formaba parte de mi trabajo de campo, orientado en un estudio etnográfico en espacios de sociabilidad organizados por personas que decían llamarse *practicantes de BDSM*. El acrónimo fue descripto por estas mismas personas como un conjunto de *prácticas sexuales alternativas y consensuadas entre adultos*. Uno de los puntos centrales implicaba la construcción de personajes cuyo placer manaba del ejercicio performativo de roles de *dominación* y roles de *sumisión*. En términos foucaultianos, se trataría de la erotización de relaciones estratégicas de poder, posibilitado por la descentralización de los genitales como locus privilegiado del goce.

Entre sus múltiples formas de interaccionar, estas prácticas producían una expansión prostética de la piel a partir del uso de *juguets*: sogas, fustas, paletas, látigos. Cada uno de estos instrumentos trazaba marcas sobre las pieles de los cuerpos que se ofrecían de forma voluntaria para ser sometidas. Desde una cierta lectura que establecía una relación lineal entre un golpe y la producción de *displacer*, estas marcas podían ser vistas como huellas de un acto violento. Sin embargo, dentro de las relaciones *BDSM*, las marcas eran interpretadas como índices de placer y marcadores temporales de belleza.

Desde una mirada que privilegiaba la *dépense*, la exuberancia del erotismo en tanto *aprobación de la vida hasta en la muerte*, las marcas devenían parte de un apetito por el derroche. Quizás, como surge en la

contemplación batillesca sobre las flores, la belleza de los moretones o los surcos dibujados sobre la piel por la presión de las sogas dependía –en parte– de su carácter efímero. De este modo, se (re)activaba el *ciclo del eterno retorno*, en el que cada encuentro delineaba un esquema evanescentes. En un vaivén constante, al instante en que una marca surgía, comenzaba su viaje hacia el recuerdo y el deseo por la próxima.

La producción de estas marcas se movía desde una sinérgica trenza donde placer y peligro eran parte de un mismo juego dionisiaco. Su cualidad de belleza también brotaba de los contratos de *consenso* que las personas establecían. Participar en prácticas implicaba el respeto de las reglas y el conocimiento de las posibilidades marcantes. Quien asumía un rol de *dominación* actuaba en tanto diseñador cósmico que utilizaba la piel ajena como un cárnico lienzo para esbozar la autoría de sus pasajeras obras. La persona deleitada en la *sumisión* agradecía y gozaba de las marcas. Las fotografías eran empleadas como soporte técnico para mostrar el placer de marcar y ser *marcade*, un asidero para atesorar la belleza de los cuerpos intervenidos.

En definitiva, placer y peligro, brillo y horror. La unión de estos componentes potencia su fuerza mágica, así como las marcas nos invitan a replantear nuestras ideas sobre las bellezas y las violencias.

“La bella y la bestia caminan tomadas de la mano. Una implica a la otra. No puede ser de otra manera. El sexo y las glorias y misterios del bajo mundo surgen más fuertes y más extraños cada día” (Taussig)

La sonrisa del Estado

Agustín Villarreal



Hay una importancia eficaz de la cara como madre de todas las imágenes, tal como plantea Taussig en “Belleza y Violencia” (2014), una necesidad imperiosa de la *sonrisa de diseñador* de la cara visibles que permita establecer una transformación del exterior.

En Ituzaingó al 700, en el barrio de Nueva Córdoba, en una pared frente a la parada del colectivo de la línea 26 con aerosol rojo y con letras grandes reza “LAS MUERTAS EN LA CÁRCEL SON CRIMENES DE ESTADO”. Un grafiti que expresa la violencia de los últimos meses en la cárcel de mujeres de la localidad de Bouwer, que da cuenta de las acciones de reclamo de familiares y activistas para “retocar” la armonía del espacio público. Durante febrero y marzo del 2019 en el Establecimiento Penitenciario nº3 se murieron 3 mujeres. El 2 de febrero una señora se murió luego de no recibir asistencia médica adecuada. El 22 de febrero se produjo el supuesto suicidio de una joven con versiones encontradas entre internas y el servicio penitenciario por torturas y celdas de aislamiento. Durante el domingo 17 de marzo se murió otra joven, que murió por “etiología dudosa” según lo consignado en los medios de comunicación e infundido por el servicio penitenciario.

Frente a este escenario el gobierno provincial decidió *intervenir* la cárcel, nombró una nueva directora y una interventora, a la vez convocó al Polo de la Mujer del Ministerio provincial de Justicia y de Derechos Humanos para realizar un Observatorio de la cárcel generando reuniones con familiares y organizaciones sociales, creó también una *mesa de dialogo* con actores institucionales que ingresan a la cárcel.

Una suerte de cirugía cósmica que recrea una cara del estado para ocultar su otra cara, un ejercicio de cambio de imagen externa para esconder su cara de control represivo. Una sonrisa interventora, bajo la cuchilla -la cuchilla del cirujano cósmico-, como el cuerpo del propio Estado-nación (Taussig, 2014:68).

Por Ana Laura Reches

Una fría tarde de agosto nos juntamos con Wilfredo (72 años) en un bar céntrico como parte de mi trabajo de campo antropológico, destinado a conocer mundos de la noche cordobesa entre las décadas de 1970 y 1990. Específicamente entrevisté a dueños, artistas y públicos que frecuentaban espacios festivos “no heteronormativos”, lugares en los que no se manifestaba rechazo hacia prácticas y eróticas no heterosexuales.



Una noche en la discoteca cordobesa *Somos* (1984-1990).

Los relatos evocaban las décadas de 1970 y 1980 con una multiplicidad de imágenes asociadas al horror, el exterminio, la persecución, la desaparición de amigos y conocidos. Simultáneamente, esos años emergían como una fuente inagotable de historias sobre el goce, la alegría, la libertad y la experimentación. Con el llamado a elecciones democráticas, en 1983, las calles volvieron a poblarse y abrieron nuevos espacios nocturnos donde encontrarse. No obstante, las razias continuaron siendo frecuentes y cada noche actualizaba la sinergia entre el glamur y el terror bajo la amenaza vigilante de efectivos policiales que podían llegar, desbaratar la fiesta, arrestar a la clientela y convertir una “historia de hadas” en el escenario propicio para un “cuento de infortunio” (Taussig, 2014: 21).

Wilfredo frecuentaba como público distintos mundos de la noche cordobesa. Aquella tarde que nos reunimos, él narraba situaciones cargadas de peligrosidad que, con los sucesivos relatos, podían transformarse en memorias posibles de ser contadas. Recordaba una noche que lo arrestaron de una discoteca céntrica junto al resto de la clientela: *éramos trescientos detenidos, todos del mismo boliche y todos conocidos, así que en la comisaría nos divertimos como locos, todos cantábamos Sacco y Vanzetti!* Wilfredo citaba los “locos años veinte” estadounidenses con la expansiva bonanza económica, los lujosos salones de baile y la liberación femenina, con su contracara en relación al paralelo resurgimiento de la xenofobia, el racismo, el antisemitismo y la homofobia. Una vez más amalgamaba algo que resonaba en los distintos relatos, glamur y terror, miedo y diversión, en la particular coyuntura cordobesa de entre 1970 y 1980.



Filtros y Likes

Por @anita.prado

Michael Taussig en *Belleza y Violencia* (2014) nos habla de la belleza como fuerza conformadora de la cotidianidad y de la historia. En sus relatos sobre cirugías cósmicas, narcoapariencia, *dépense* y violencias, no hay duda de que la belleza ha sido un objeto en la vida tanto (o más) que las necesidades de alimento y protección.

Si pienso en la belleza como fuerza lo primero que me viene a la cabeza son las redes sociales como Instagram, que utilizo todos los días y donde expongo

parte de mi vida.

¿Cuánto tiempo pasás likeando fotos y viendo historias de famosos y de tus conocidos? ¿Cuánto de tu tiempo gastás en Instagram? ¿Qué filtro usas en tus historias para “dejar de ser lo que usted es ahora mismo y convertirse en algo más (...)”? (Taussig, 2014:83). ¿Cuánto revelas, cuánto entregas y cuánto ocultas? ¿A quiénes ves que te miran?

No puedo (y no quiero) dejar de considerar esta aplicación del celular como un espectáculo. Espectáculo de la humanidad a través de pantallas. Pantallas hechas de cristal líquido que como al espejo mágico de Blancanieves, le preguntas quién es la más hermosa del reino.

Taussig nos dice que “la insatisfacción es el precio que pagamos por la sexualización de las mercancías en el reino de la realidad vuelta virtual (...) **Son las imágenes las que conceden brillo y sustancia al mundo (...)**” (p. 83). ¿Qué es esto sino la constatación del hecho social que Instagram es hoy? Lleno de fotos de paisajes de ensueños, comidas gourmet y personas con orejitas de perro, sin duda una experiencia estética en la punta de tus dedos y al alcance de la red wifi.

Cada foto subida, cada aprobación de la gente, cada *Like*, al disipar los defectos ordinarios que esconden los filtros y el carisma superficial, **¿no podrían sugerir ciclos de muerte y resurrección como menciona Taussig sobre la cirugía cósmica? ¿Una estrategia de belleza en la actualidad?** Máscaras, duplicación de identidades, falsificaciones como el pelo de Jezabel o la mujer del archivo intervenida quirúrgicamente o el traficante “Chupeta” y su cara nueva, relatos de Taussig, historias de cirugías cósmicas, barroquismo, *dépense* pero con la fuerza suficiente capaz de gobernar el mundo.

En la página 62 Taussig afirma que “Sólo hay una cosa más encantadora que la belleza: la capacidad de metamorfosearse en belleza”. **No puede acertar mejor**, ¿acaso no te pensás encantadora con lentes oscuros y el pelo “al natural” como en la imagen sacada del perfil de la red social que tiene alrededor de 800 millones de usuarios alrededor del mundo?

Es así que cuando vos y yo deslizamos el dedo por el celular, consumidores y consumidos por las pestañas de la interfaz mientras pestañamos al mismo ritmo, sin querer perdernos nada, pero perdiendo, nos enfrentamos a un gasto innecesario, a un juego de ser observados y estar observando, tal vez sin ser vistos, **pero sin lugar a dudas, nos enfrentamos a la relación que nos invita a entender Michael Taussig entre la belleza y la violencia.**



Si te gustó, poné “me gusta”.

Cuando el lobo vuela muy cerca del sol. Por Mariel Anouk Rubini Pisano

Dos veces vi “The Wolf of Wall Street”: la primera me dejó empalagada con tanto derroche improductivo; la segunda, no pude evitar reír incrédula al pensar que semejante cuento de hadas estuviese basado en una historia real. Un año después, Belleza y Violencia de M. Taussig me enseñó que, en ocasiones, la realidad es mucho más mágica que el realismo mágico. Jordan Belfort, un hombre blanco estadounidense de clase media, se vuelve extremadamente rico con una mezcla de talento, ambición y mucha suerte. La imagen nos muestra la benévola sonrisa de diseñador del cocainómano Jordan y a sus cocainómanos compañerxs de trabajo en plena fiesta en la oficina. Él nos mira con los brazos extendidos señalándonos su imperio, mientras de fondo, *depénse* en estado líquido. Derroche, exceso, gasto improductivo y exuberante, barroco: un chimpancé vestido de hombre, un enano preparado para ser lanzado como un dardo, mujeres semidesnudas con cuerpos intervenidos por la cirugía cósmica (pero no más que DiCaprio y su cara estirada y retocada). Imagínese usted frenético y en trance después de empolvarse la nariz con estimulantes, la música ensordecedora, rodeado de carne, tetas y culos al alcance de su mano, haciéndose más ricx a cada minuto que pasa y sin mover un dedo. Como Taussig nos enseña, pasamos de la era del trabajo y la producción a la era de la moda y el consumo: Jordan consume su riqueza -que parece inagotable como un pudín mágico- en yates, fiestas privadas, prostitutas caras de cuerpos inflados, propiedades y toneladas de cocaína. En el momento climático de su poder, Jordan tiene algo de dios entre lxs mortales. El espíritu dionisiaco del capitalismo ha encontrado forma humana. No obstante, ¡qué mórbido placer nos da ver cómo Jordan se sume en la desesperación en un naufragio literal, al ver su imperio derrumbarse en un segundo! Piense usted en “la repentina inmersión en el abismo justo cuando los cielos estaban a su alcance” (Taussig, 2014: 20-21). Es que la belleza y la *dépense* no pueden existir sin su otra cara, la violencia. Sostienen una relación sinérgica, y por eso nos encantan los cuentos de hadas que terminan en tragedia: es la naturaleza castigándonos cuando ponemos demasiado a prueba la paciencia de los dioses.



Fiestas infantiles temáticas: princesas y piratas

Cecilia Castro

“[...] ¿No existe abundancia de glamour en un ser paramilitar cortagargantas, un narco agresivo o un miembro de una pandilla callejera que desprecian todas las reglas y mucho más? **La mezcla de carisma y odio** atribuida a los paramilitares y los narcos más espectacularmente conocidos está a tono con sus establos de mujeres hermosas, caballos hermosos y majestuosas flotas de camionetas negras [...]” (Taussig, 2014: 9). La lectura en voz alta junto a otros de ese párrafo introductorio que ofrece Taussig en las primeras páginas de su libro hizo que recuerde la siguiente imagen y un registro de campo que aquí les comparto, ambos forman parte de mi trabajo de tesis doctoral sobre la producción mercantil y consumo de festejos de cumpleaños infantiles.



En otro salón infantil con idénticas propuestas festivas se promocionaba a estas celebraciones del siguiente modo: *todo gira en una historia que va transcurriendo a lo largo de la fiesta descubriendo tesoros, navegando rumbo a una tierra de aventura. Realizamos una batería de juegos que atrapa a princesas y piratas por el desafío de las consignas.* Como observaron en la fotografía y ese extracto publicitario, estos festejos contribuían a reforzar la heteronormatividad por los roles que se proponían. Más allá de esto, siguiendo las ideas de Taussig, podría pensarse que girarían en torno a la puesta en movimiento de estéticas relacionadas con la “narcoapariencia” (p. 10), ya que supondrían que ellas “desean” pertenecer a unos piratas. Lo curioso -y de ahí nuestro interés antropológico- era que en este juego social se (re)creaba la realeza mágica al mantenerse la figura de la *princesa* y se sustituía la del príncipe al proponerse a los varones encarnar el personaje de *pirata*. De acuerdo a lo observado durante el trabajo de campo, estas imágenes icónicas resultarían performativas cuando guiadas por el deseo mimético (sobre el que nos llama permanentemente la atención Taussig) se inscribían como posiciones corporales y emociones provocando que ellos se “deleiten” por el desafío que les provocaba *atrapar* a las *princesas*. De algún modo, se explotaría la fantasía de la “virilidad masculina” considerando que las niñas aparecían para ser apropiadas por los niños (Taussig, 2014:56-57).



De las historias que Taussig recupera para relacionar belleza y violencia me interesa ese momento que se detiene en el tiempo, cuando todo parece indicar que las cosas van a salir bien y de repente se arruinan. Esta imagen forma parte de la secuencia intrínseca de aquellos relatos que aúnan felicidad y terror, y que entretienen a la vez que asustan. El mismo día en que el Senado de la Nación aprobó la ley que regula la investigación médica y científica de la planta de cannabis, en Córdoba la policía irrumpió en un cultivo colectivo de usuarios terapéuticos que se encontraba en la casa de Brenda Chignoli y su compañero, ambos activistas cannábicos. La indignación de la red de *impacientes* articulada por ellos se hizo presente en distintos medios de comunicación. Tiempo después, un fallo del juez a cargo de la causa autorizó la devolución de los extractos elaborados con cannabis para dar continuidad a los tratamientos hacia los que estaban destinados, y los detenidos –entre ellos, uno de los hijos de la pareja- fueron liberados.

Ante nuestros ojos tenemos, entonces, parte de la lucha por el acceso al cannabis de uso medicinal que en Argentina comenzaron las personas viviendo con VIH-sida apenas despuntaba el siglo XXI y que luego siguieron, con más éxito en cuanto a las repercusiones generadas, las madres de niños, niñas y adolescentes con epilepsia refractaria a los tratamientos convencionales. Se trata de objetos en el momento de su exhibición para que yo los fotografiara: botellas de vidrio opaco que en su interior contienen el extracto. El papel y la bolsa precintada señalan el peritaje realizado por el Gabinete Científico Córdoba de la Superintendencia de Policía Científica, dependiente de la Policía Federal Argentina y del Ministerio de Seguridad. Esos objetos, sin embargo, tuvieron su origen lejos de allí, en un proceso de elaboración en el que intervinieron conocimientos especializados de cultivo de cannabis desarrollados a través de prácticas de cuidado colectivas y solidarias que describí en mi tesis de doctorado.

El momento narrado condensa un instante breve e intenso de felicidad que volvió a convertirse en terror unos meses después, con una nueva irrupción policial. Esa dinámica se amplía con la circulación incesante de activistas por oficinas en la búsqueda del cese de persecuciones a usuarios y cultivadores. Se trata de un modo de peregrinación insistente que es constitutivo de la lucha por un cambio en la legislación sobre drogas que contemple el respeto por las libertades individuales y los derechos humanos. Así, ustedes deberían imaginar los procedimientos policiales y judiciales de este caso sumándose a muchísimos otros en estadísticas que muestran el funcionamiento de esa *depénse* estatal, a la vez que eclipsan las condiciones de cada episodio y los sufrimientos en ellos implicados. De manera paralela, un modo de reconocimiento de los activistas, posible por retratos que como éste hizo la prensa local, es construido ante episodios de violencia y expolio que los tienen como víctimas y principales afectados.



Por María Celeste Bianciotti

Cierro mis ojos y recuerdo la “imago” (Taussig, 2014) de una mujer de cabello hasta la cintura falsamente negro-azabache y curvas exuberantes –indudablemente intervenidas por la cirugía cósmica– que conocí en un local bailable haciendo trabajo de campo. Al pasar ella frente a un grupo de personas con las que me encontraba, un amigo expresó: *esta mina casi me choca con su paragolpe*. La joven, que llevaba un top sostenido por sus prominentes tetas inmovilizadas por la cirugía, abdomen marcado por el trabajo físico al descubierto, piel bronceada y jean ultra ajustado, esperó al lado de una barra de bebidas a que su novio –igualmente bronceado, peinado a la moda y de camiseta ceñida que marcaba sus pectorales de gimnasio– le acercara una copa de champagne. Mis amigos se reían sarcásticamente. Una palabra injuriente resonaba entre sonidos estridentes y luces intermitentes. Esa palabra era *gato*. Un término descalificatorio para esa encarnadura feminizada de la *dépense*: alarde del derroche, consumo extravagante, barroco e hiperbólico hecho carne humana. Un festín del exceso. La “narcoapariciencia”, dice Taussig, se inspira en las “tetas de silicona, [el] culo agrandado [y la] delgadez de liposucción” de las jóvenes que sueñan con pertenecer a narcotraficantes “fabulosamente ricos” (p. 10).

El cuerpo femenino como “el centro de deseo en torno al cual gira el consumismo” (Taussig, 2014:201). Inyección de veneno sobre la última arruga y el último surco de celulitis, tratados cual maleza en perfectamente homogéneo campo de soja.

La cirugía cósmica hace al mundo más 90-60-90, dice Taussig. Yo ampliaría los límites del margen y achicaría el número del centro –¿un 100-50-100?– debido a que se pretende, como se ve en mi ilustración, que la carne humana se permee cual imagen intervenida por un software: se grande, achique, alise y rellene en dimensiones mágicas.

Un buen *paragolpe* para ellas –que *es mío porque lo pagué* o porque *me lo regalaron*–; un buen *paragolpe* para ellos: *de esos que tienen los circulitos* que referencian un Audi, un auto de alta gama, como me comenta una entrevistada. Ellas ascienden en la escala social derrochando sobre sus propios cuerpos: implantando tetas, glúteos, pómulos, labios y extensiones de cabello y succionando grasa abdominal. Ellos refuerzan, por la vía de su capital social, su capital (hetero)erótico implantándose un aura que incluye pectorales fabricados en gimnasios o en quirófanos, *camisitas de marca* y mujeres –implantadas– en el asiento de acompañante de sus autos de alta gama.

“Ha nacido otra belleza”, afirma Taussig al comparar fotografías de dos etapas de su trabajo de campo en Colombia. La oposición entre calzado de trabajo y zapatilla deportiva ¿no refleja el conflicto entre el trabajo duro y el resplandor sorprendente del fetiche?, se pregunta. “Usted ve a las mujeres en las fotos de la década de 1970 (...). Trabajo es lo que evidencian estas imágenes, mientras que la imagen de los tipos jóvenes habla otro idioma, el lenguaje de la exhibición” (p. 141). Pero el lenguaje de la exhibición no es sólo colombiano. También en la Córdoba contemporánea, parece que por medio del impulso de las políticas y las poéticas del hetero-capitalismo fetichizante, cis mujeres y cis varones trabajan, incansablemente, sobre sus propios cuerpos –como se trabaja sobre estas tierras agrietadas por el Randall– encarnando la *dépense*. El “trabajo y la disciplina en favor del estilo, la transgresión y el exceso erotizado” (Taussig, 2014:10). La productividad se mide aquí en destellos de exuberancia.

República y Realeza por Daniela Brollo

“(…) De tantas referencias sobrepuestas sólo conservo en la imaginación un tumulto y revoltijo de luces, armonías, guirnaldas de flores, manchas brillantes y oscuras de uniformes y casacas, faldas y faldones en pleno vuelo, vagas visiones de parejas enlazadas en un alegre bullicio de voces, risas, jirones de frases perdidas que cubrían la delgada orquesta de fortepiano y violín”.

(Paul Groussac en Bitácora de la Independencia por Juan Pablo Bulacio)

Así narró Groussac, un intelectual francés que vivía en Tucumán en 1870, su versión en base a testimonios sobre el baile de celebración de la independencia el 10 de Julio de 1816. Bailar después de las guerras, celebrar después de las muertes.

Varios años más tarde, en 2018 asistí a la “17° elección de la Reina Nacional Drag Queen”, en la misma ciudad, en San Miguel de Tucumán. Aún en la ruta y mientras me acercaba a la ciudad, me envió un mensaje Antara Wells (la primera Reina Nacional Drag Queen, coronada en el año 2000). El mensaje decía lo siguiente: **“Esto estalla. Una revolución”**.

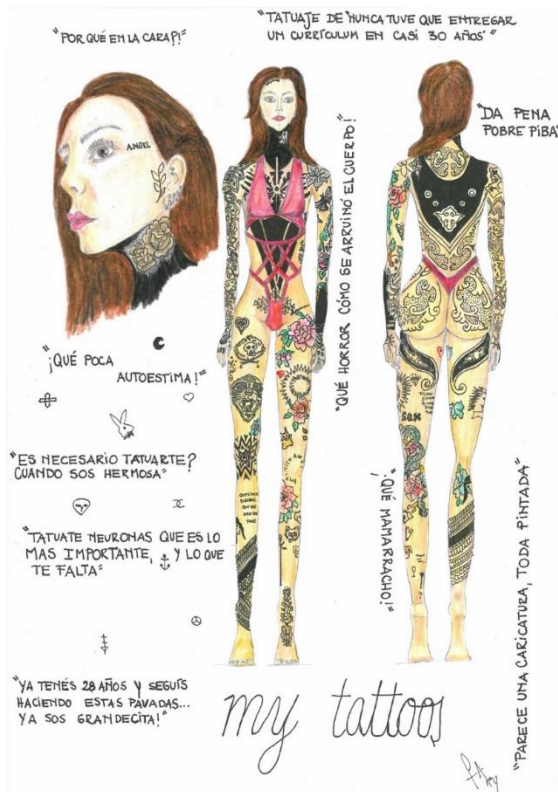
La madrugada del 9 de Julio comenzó el evento en la disco “Diva! Mother House”. Más de cincuenta *drag queens* de varios puntos del país estaban allí reunidas para participar de la elección como competidoras, observadoras u homenajeadas. Se abrieron las cortinas rojas sobre el escenario y subieron las ex soberanas para dar inicio a la gala. Una joven música ingresó luego con un violín y la disco entera entonó las estrofas del himno nacional argentino **“coronados de gloria vivamos o juremos con gloria morir”**. Luego de los aplausos comenzaron las performances. Vitas fue la cuarta participante, era una salteña que viajó con expectativa a Tucumán para ganarse un lugar en la realeza nacional y lo logró. Su show comenzó con catrinas mexicanas y terminó personificando – el aura mágica de- la muerte.



“Antes muerta que sencilla”, dijo al finalizar su show. La flamante Reina Nacional Drag Queen, vestida de cuero y látex rojo con la guadaña en su mano saludaba al numeroso público mientras aguardaba la banda celeste y blanca y la corona que la designarían como soberana. **La muerte ganó con gloria**, tal cual prescribía el himno nacional. Eran cerca de las cinco de la mañana y aunque afuera de la disco hiciera un frío invernal, yo sentía un calor primaveral allí adentro. Pero, como afirma Taussig **“La alternancia de belleza corporal y muerte se manifiesta con un ritmo infinitamente más rápido que el de las estaciones”** (Taussig, 2014: 23). Tanto más rápido que ya las calles estaban cortadas en el centro de la ciudad para dar comienzo a otro show, el show de la República. Empleados de seguridad aguardaban la llegada de funcionarios públicos nacionales que en pocas horas arribarían para celebrar un año más del aniversario de la declaración de la independencia.

Al igual que en el relato de Groussac, conservo imágenes superpuestas de aquella noche. Un tumulto de luces y manchas brillantes, coronas perladas, cascos, pelucas, vestidos exuberantes, abanicos, finos guantes, collares enormes, bebidas, plataformas, maquillajes, pestañas postizas, plástico, lentejuelas, plumas, glitter y violín. Tucumán era un estallido, una revolución y un epicentro donde se producía constantemente esa sinergia entre belleza y violencia, entre muerte y glamour. República y realeza. Las celebraciones por la Independencia y las elecciones de reinas *drag queen* eran una potencia de la exuberancia nacional. *Dépense*. Gasto inútil. Como bien me supo decir Antara: **“Tucumán es un antes y un después”**. En el exceso, en el esplendor y en el brillo. En la belleza y en la muerte. En la sencillez, nunca.

My tattoos – Fabiola Heredia



Un fiel relejo de la sociedad hueca y sin cultura que tenemos, nos merecemos el dólar a 1000. Dándole de comer a esta hueca y a su familia, así reza uno más de los comentarios de los *haters* que escriben en las redes ante la apariencia física de Candelaria Tinelli por la casi totalidad de su *cuerpo decorado*, en palabras de ella, con tatuajes. Ella tiene 28 años, se presenta como artista plástica, tiene una empresa de indumentaria, Madness y está en proceso de lanzamiento de su primer disco como cantante pop.

Pero fundamentalmente es reconocida por dos características: es hija de uno de los empresarios de espectáculos televisivos de mayor trascendencia de la Argentina, Marcelo Tinelli y además desde hace aproximadamente una década ocupan el lugar de “noticias” cada uno de sus tatuajes. Aquí la representé con un dibujo buscando un continuum con las ilustraciones que visten su cuerpo, que primero son boceto, luego tinta y sangre y después piel.

Nacida a fines de los noventa comparte, con “otrxs hijxs de...” tener padres que se constituyeron en referentes del mundo del entretenimiento durante esa

década principalmente. Período al que se ha caracterizado por la desfachatez, la frivolidad y la presencia de “lo político” en su sentido agonal y luego institucional, como parte del espectáculo.

Candelaria, Lelé como elije llamarse ha ido sofisticando sus elecciones de tatuajes y modificando con ellos su apariencia. Recurrió también a la cirugía de implantes mamarios, la rinoplastia y últimamente al uso del botox. Además de haberse sometido a dietas por “obsesión a su cuerpo” según ella; asumiéndose públicamente con el padecimiento de “trastornos alimenticios”. Todo ello como parte de una gran *cirugía cósmica* que, como sostiene Taussig, busca crear un cambio interior mediante un cambio exterior. Ante cada modificación además de una imagen *posteada* en las redes, hay algún texto de aquello que “significa”, un nuevo sentido que abre.

Aun siendo, según la prensa y sus fans una *it girl*, una especie de referente de moda y estilo que indica hacia donde se orienta el consumo consumiendo, lidia con sus *haters*. Y produce su propia *dépense* de la *dépense* convirtiendo su dinero en formas de intervención corporal que despierta la ira en muchos de los seguidores de sus cuentas de Instagram y Twitter. Ante la pregunta reciente de una periodista sobre si *bloquea* a sus *haters*, ella responde socarronamente que, de ninguna forma ya que prefiere tener *haters* antes que perder *followers*, que en Instagram suman más de tres millones y medio. Para sus *haters* ha compuesto una canción que está a punto de estrenar, pavoneando todas las influencias y el aparato del espectáculo puesto a disposición de sus deseos. Aparece en una fotografía del adelanto sonándose la nariz con un billete de cien dólares.

Esos mensajes de ira que relacionan sus elecciones estéticas a los males del mundo y a un pronóstico esperado de fatalidad, son luego formas de lucro, donde el capitalismo aproximó el amor a la belleza y a la violencia, tal como lo dice una de las publicidades en donde Lelé participó: *Puede convertirse el odio en amor, si el amor es tan lindo porque nos agredimos tanto. Ayúdame a llenar las redes de mensajes de amor. #masamor.*

Brillo y mugre

por Florencia Ravarotto Köhler

Haciendo trabajo de campo, una persona me mostró una foto suya que alguien le sacó en un barrio aledaño al centro de Córdoba. En la imagen, ell*, una persona con el cuerpo bañado en glitter dorado, está apoyad* plácidamente sobre una baranda de metal enrejado mientras que a sus espaldas se alza la ciudad tan iluminada como desenfocada. No se alcanza a apreciar, pero por sus calles brota, como flores en primavera, un hedor turbio y espeso producto de los sistemas de cloacas que se desbordan cada vez que del cielo cae glifosato en forma de lluvia.

“¿Quién dijo que el comercio es asexual?” se pregunta Taussig (2014:16). En una conversación, la persona con el cuerpo bañado en glitter dorado me cuenta que le *excita que le paguen*. ¡A quien no!, acaso, ¿a usted no le excita que le paguen el sueldo, sobre todo si tiene que pagar el alquiler, llenar la heladera y comprar la entrada para ir a ver a su banda favorita? A su vez, la persona con el cuerpo bañado en glitter dorado entiende que la forma de acceder al placer sexual para varias personas depende de poder contratar los servicios que ofrece. Pareciera, en algún punto, que lo que se castiga del placer es ser improductivo, ser puro “dépense”, pero también pareciera ser una fuerza que mueve y ordena a las personas y a las cosas. El placer es belleza y la belleza es fuerza.

La persona con el cuerpo bañado en glitter dorado está apoyada plácidamente sobre una baranda de metal enrejado. Brilla y está húmeda no sólo por la lluvia que acaba de caer, sino también porque acaba de hacer acabar a un* client* que l* contrató para eso y para conversar sobre lo que está escribiendo y lo difícil que fue usar el colectivo en hora pico con la silla de ruedas.

La persona con el cuerpo bañado en glitter dorado está apoyada plácidamente sobre una baranda de metal enrejado y, húmeda, brilla. Brilla tanto como un diamante, como el strass en el diente de la súper modelo británica Adwoa Aboah o como los apliques comprados en Once que usa la cantante argentina Naomi Prezler. Brilla y es como “un pájaro raro y encantador en vuelo” (Taussig, 2014:34).



Maria de los dildos

Maria tiene 30 años y unas ideas muy claras de la vida. Afirma que a ese juguete sexual llamado “dildo”, jamás podría nombrarlo como “consolador” porque le daba felicidad y el que se quisiera consolar, que fuera a la iglesia.

Una de las prácticas que más le gustaba era usarlo con una amante. En la entrevista, fue evidente su emoción cuando narraba la secuencia erótica: si había tiempo ponía el dildo unos segundos en agua caliente, después sobre la bombacha se ponía el arnés y al final, el dildo. Ofreció mostrarme su dildo favorito y lo registré:



En un momento contaba cómo se sentía al penetrar a su compañera, Maria quedó unos segundos en blanco, pensativa, me miró y dijo: “Yo me tendría que sentir masculina penetrando a una chica, porque eso es lo que la sociedad dicta, pero yo me siento más femenina, más mujer, porque siento que todo mi cuerpo está conectado a ella como por un doble puente que va desde el dildo, ida y vuelta de placer hasta su concha a través del dildo.” La belleza del registro fotográfico “no como forma sino como fuerza” (Taussig, 2014:13), muestra la sinergia cuerpo- objeto que conectaba a María con su compañera.

En un mundo gobernado por una larga y dura dictadura heterosexista, una performance del deseo lésbico como esta ha sido y no deja de ser vista, incluso por colegas y financiadores académicos, como la bestia, una abominación de la naturaleza y de la cultura: una mujer *con pene de plástico*. Podría arrinconarse a Taussig y hacerlo decir en paráfrasis que para esta dictadura la mujer es lo bello y el dildo lo bestial, pero no es necesario.

Que María se sintiera “más mujer” penetrando a otra con un dildo era una *dépense* de género, un “gasto inútil en todo su esplendor” (Taussig, 2014: 43), “la gran caída, la pasión dentro del don, el riesgo absoluto” (Taussig, 2014: 19), un acto concupiscente y vandálico de quemar los puentes entre lo masculino y lo femenino.

Érase una vez...

Julietta Arndt

Creer o reventar: esa es y parece haber sido siempre la cuestión. ¿Crear o reventar? Eso me voy preguntando a medida que cada uno de mis pasos acaricia la tierra de aquellos cerros huacheños que no dejan de deslumbrarme con sus colores. Rosado por aquí, verde por allá, lila por el otro lado. Distintos tonos de marrones y beiges se van combinando de modo fascinante dotando el paisaje puneño de Jujuy de un *aura mágica* que envuelve a quien habita sus rincones. Me fascina.

Pero, ¿a todos nos fascina aquel paisaje embriagador? ¿Será que *su belleza es un regalo de los dioses*? (Taussig, 2014) ¿Cuál será la magia que guarda aquel deslumbrante halo de luz que envuelve los cerros y los cardones en cada amanecer y en cada ocaso?

Pero no todo es solo belleza pues está bien claro que, como dicen quienes habitan cotidianamente los cerros, *la tierra mara*. Esto significa que la tierra enferma. Sí, enferma. Aquella tierra exuberante de belleza también puede comerte si ella lo quisiera. Porque aquí *el paisaje tiene hambre* y más nos vale alimentarlo, más nos vale chayararlo antes de una excavación arqueológica, más nos vale compartarnos con él en reciprocidad y con fe. Historias de aquellos que no han vuelto o han enfermado por semejante hambre, sobran.

¿Qué misterio envuelve la belleza del hambre “terrorífico” de esta tierra que puede comerte? ¿Qué tanto nos atrae de este paisaje que nos obnubila con su belleza y que a su vez puede aterrarnos si no lo habitamos bajo sus reglas?

Será que una siempre piensa que esas historias son “puro cuento”. Que los relatos que me contaban de chica como los del viejo de la bolsa, los del pomberito o el yasiyateré son para asustar a los gurises que desobedecen y no duermen la siesta. (“Cosa é mandinga”, diría mi abuela).

Pero ¿y si fuera verdad? ¿Cuál es el límite entre la ficción y la no-ficción? ¿Quiénes tienen la autoridad para afirmar tales límites? ¿Acaso existe tal división cuando una misma es quien experimenta que aquellos dolores de cabeza son consecuencia de no haber alimentado aquel bestial y maravillante paisaje como tantas veces te dijeron que hagas?

Es creer o reventar, pero algunos eligen reventar: *dépense*. Dépense como gasto innecesario y hasta inútil de elegir no creer y terminar reventando ante la magnitud voraz del hambre que tienen los cerros, el agua, las rocas, los cardones.



Foto de los cerros de Huachichocana, departamento de Purmamarca, pcia de Jujuy.

El derroche impregna las artes de gobernar por Lucía Tamagnini

Taussig (2014) propone entender la tensa conexión entre muerte y belleza a través de relatos de cirugías cosméticas a las que llama *cirugías cósmicas* (p. 11). Es en esos “relatos desgarradores sobre cirugías cósmicas que salieron mal” dónde “la alternancia de belleza corporal y muerte (...) tiembla continuamente, 24/7, como una hoja en la tormenta” (p. 23). ¿Por qué nos gustan los relatos que terminan mal, los cuentos de hadas del desastre? ¿Cómo entender historias de traficantes que se limpian el culo con papel de oro, de prótesis explotadas, de rostros inflados por el botox, cuando el principio de la utilidad se vuelve insuficiente? Para Taussig, una vía posible de comprensión radica en la creencia de Bataille de que “la exhuberancia de *dépense* o gasto improductivo condujo todos los sistemas económicos” (p. 21). Así, nos empuja lejos de ideas tales como las que equiparan exceso e irracionalidad, o las que separan estética de utilidad. Los 19 relatos que narra a lo largo de su libro no son sólo relatos de *dépense*, “son relatos como *dépense*” (p. 23).

Cuando investigaba sobre las artes municipales para *ordenar* la noche escuché y documenté relatos de fiestas que “salieron mal”. Relatos del desastre, de la inseguridad, de la peligrosidad. Relatos sobre la diversión y la fiesta que se corta cuando “cae la Muni”. “Una historia que se repite”, publicaba el portal de noticias cadena3.com: “La Municipalidad clausuró siete fiestas ilegales en distintos puntos de la ciudad de Córdoba”. Los inspectores municipales gustaban contarme sobre “las buenas épocas”, cuando hacían “como 10 clausuras por noche”. “Decile que te cuente cuando clausuramos ese *after*, en un lugar de turismo, en un hostel”, me decía una noche un inspector mientras redactaba un acta de infracción por “exceso de capacidad” en un boliche. Aquel relato sobre el *after* que no fue se reactualizaba en una situación destinada a producir nuevos relatos sobre noches que terminaron... ¿mal? El derroche que se (re)hace en el acto de narrarlo.

[Cadena 3. audio radial. 7:05 am.] *Estamos en Barrio XXX, una fiesta clandestina viene funcionando aquí en una vivienda en esquina hace ya tiempo, según comentan los vecinos. Lo cierto es que hoy la gente de Dirección de Control [sic] de la Municipalidad ya los venía siguiendo, tras un trabajo de investigación de los inspectores, llegó la policía, hay unos 15 policías en este momento, están por los techos (...) son los inspectores que están aquí, apostados afuera, con la policía ¿por qué? Porque hay una fiesta clandestina que no se detuvo, que sigue funcionando (...)*

La distinción entre “noticias” y “entretenimiento” ha sido descosida (Taussig, 2014: 74).

Retomando a Benjamín, Taussig sugiere que el acto de la narración no está llegando a su fin: “un nuevo tipo de relato está emergiendo o está siendo mejorado, el relato que rodea el nuevo cuerpo que es también, el cuerpo del mundo” (p. 91). El cuerpo del estado municipal, la cara del orden y el control son constantemente recreados y embellecidos en la iteración de los relatos, así como el rostro humano es (re)hecho por un cirujano cósmico y sus jeringas de botox. La traspolación es arriesgada, pero vale la pena asumir el riesgo: los relatos que presenté, quisiera pensarlos como la exuberancia de *dépense* estatal, relatos que en su reproducción ampliada por medios técnicos-electrónicos capturan la fuerza del derroche y el alarde en el gobierno de territorios y poblaciones. Las artes de ordenar la noche serían también las artes del derroche, de la exhibición -controlada-. Incluso en tiempos difíciles hay que hacer algunas clausuras.



Aiiiudaaa! Aiiiudaaa!

Por Oliverio Mendoza

Paseando por una página de películas, buscando una de acción, encontré este poster.

Si te pones a pensar ¿cuál es el superhéroe masculino que está más fuerte? seguro se te aparecen muchos personajes, pero la gran mayoría en foros, como yo, coincide en que “Wolverine” se encuentra en la cima del podio. Seguido por: Thor, Superman, Batman, Spider-man, iron-man y demás. No así, en la imagen la estrella mutante de X-Men destaca sus intimidantes garras afiladas, su cuerpo indestructible y autoregenerativo, sus patillas y pelos en el pecho. Su figura del antihéroe solitario que poco a poco se muestra sensible y profundo, pero a su vez no deja de ser feroz, una bestia. Así, estiliza uno de los estereotipos de masculinidad erotizada, hegemónica y deseada.

Esta imagen nos inyecta a la relación “belleza y violencia” de este universo de ficciones.



Este personaje icónico, como sucede con la mayoría de los superhéroes, adquieren su capacidad “única y extraordinaria” a partir de una “cirugía cósmica” - como nos habla Taussig (2014: 11) -, ya sea por decisión propia o imposición, esta intervención corta con la naturaleza de su condición cósmica dominante para reordenar nuevamente su universo o colocarlo en uno nuevo (como es el caso de Thor y Superman). De allí se originan las fuerzas sinérgicas que actúan para conformar la estética de la gloria y el terror, generando esa especie de “aura mágica” que mecha lo bestial con lo bello y arroja luz sobre la oscuridad. Una belleza exuberante que nos muestra a un personaje santificado, glorioso, superhombre; todo *pipi-kukú*. El modelo de masculinidad que todos tendrían que querer ser, o tal vez el nuevo dildo que todo pene tendría que querer ser. Pero al mismo tiempo esa estética exagerada, esta *dépense*, que resguarda esa violencia incontrolable de lo bestial, cuidando el lado mercenario del personaje, el asesino legítimo para matar a cuantos quiera y como quiera, siempre y cuando sea para mantener los valores éticos y morales del orden global. La belleza actúa como fuerza

potenciadora de la estética del terror, es un lenguaje sinecdótico que se retroalimenta, al igual que en la estética de lujos, derroche y terror narco de la que nos habla el autor.

Me pregunto ¿Por qué el costo de ‘la gloria’ del superhéroe es tan alta que, como en el caso de Wolverine y el de tantos, termina en un final trágico y violento? y ¿Por qué siempre terminan actuando para garantizar la paz y la dominación del orden global? ¿Estos finales *dépense* son los propios para estos personajes? Por lo pronto antihéroe siempre muere. Hasta que un día se reactive una nueva producción taquillera resucite y ponga a rodar nuevamente para convertirlo en un superhéroe.

HASTA LA PISTA, BABY. Por Rocío María Rodríguez

En la pista, la *pasti* subía. Subía, a veces progresiva pero constantemente, otras veces de una patada cambiando, para le consumidorx, el estado de las cosas vertiginosamente. Al ritmo de la subida, se aceleraba también el deseo de consumir más. Más *pasti*, más agua, chicle, chupetín, cerveza, tabaco, marihuana, cocaína, popper. En la pista todo era mucho, todo era más, y todo se hacía en un exitoso balanceo *cool* entre *exhibir* y *no ser visto haciéndolo* (Taussig, 2014: 59). *Dé p e n s e*, exceso, gasto improductivo, derroche (p. 19 y 47-49) y *pérdida de aceite*. Pérdida, como la que tenía el poder adquisitivo de quienes vivíamos en Argentina y no gozábamos de ingresos dolarizados. Nuestra capacidad de consumo caía, al mismo ritmo en el que la había hecho subir el *músculo de consumo* (p. 48) entrenado por la administración nacional anterior. Los salarios en pesos caían, al mismo ritmo en el que subía el dólar, y la *pasti*.

En la pista, entre el alto volumen, los sonidos rápidos del techno repetitivo, el calor, el olor mezclado de sudor y perfumes, los pasos de baile estilizados y la fuerza estética (p.55-62) de los looks montados con zapatillas y ropas de conocidas marcas internacionales,

el disparo de un láser verde cortaba la experiencia de golpe.

Más certera y direccionada que las luces que bailaban en el techo, la luz láser verde viajaba directamente a los ojos de un cliente del club que segundos atrás había guardado en su riñonera sedas y el tabaco (años atrás habría guardado un atado de cigarrillos industriales, pero ahora tenía esta opción *más saludable* —y más barata—).

Desde un escalón en el margen de la pista, un *patovica* apuntaba directo a la cara del joven. La Ley 13894 marcaba la prohibición de fumar en espacios cerrados. El *patovica*, como brazo anabólico y cyborg del Estado, contratado por los empresarios dueños del club, velaba su cumplimiento.

Era alto y robusto. Sus gestos cortos y rígidos.

Sus músculos exuberantes de estilo Terminator —trabajados física y farmacológicamente en cotidianas *cirugías cósmicas*

orientadas a *crear un nuevo interior mediante el cambio del*

exterior (p. 65-66)—

daban forma a su apretado uniforme color negro.

Su *imago* era, al unísono con el puntero láser, una señal de alerta.

¿Hay algo "práctico" que no incorpore una estética? (p.10 y 40)

En la pista transcurrían escenas privilegiadas para indagar, tal como propone Taussig, la sinergia entre belleza y violencia (p. 9). Entre bailarinxs que se preocupaban y ocupaban en derroches resplandecientes, mientras *la belleza en la ropa y la belleza en el estilo, la música y la danza, se volvían más pronunciadas; todo lo demás se volvía más feo y más feo* (p. 126). Los salarios se ajustaban junto con los intentos de esquivar el láser verde, al mismo ritmo en el que la violencia se extendía y llegaba, a través de los duros músculos del consumo y del Schwarzenegger-*patovica*, —**HASTA LA PISTA... BABY.**

¡Qué culo que tengo! por Sandra Ruiz

La lectura de “Belleza y violencia” de Taussig trajo a mi mente a Sire, una joven que conocí hace un par de años, en 2012, a propósito de mi investigación doctoral sobre ofertas sexuales para varones. Al comienzo del libro, el autor presenta su metáfora: la “cirugía cósmica” para hablar del arte contemporáneo en auge que excede la mutilación quirúrgica del cuerpo (de la mujer) convertido en imagen. La estética es el motor y se enciende rápidamente. Allí hice el link. Sire me mostró un universo deslumbrante, recargado de duplicaciones, enmascaramientos y cirugías en un flujo excitante de consumo sin fin y gratificaciones libidinales. Ella vivía por entonces, en un popular barrio de Córdoba. Luego de trabajar como empleada doméstica, niñera y costurera, Sire se incorpora a una *Agencia de acompañantes* para lograr una diferencia económica y así fue. No lo dude.



Sire era su nombre artístico, su primera in(ter)vención cósmica al ingresar al mundo habitado por *escorts* y *gatos*, *madamas* y clientes *gateros* como Avenegra. “¿Acaso no hay un paralelo entre la cirugía cósmica y el nombrar, o más bien, el cambiar de nombre?” (Taussig, 2014: 155). A la joven, créanme, no le llevó mucho tiempo aprender a jugar con la metamorfosis para esculpir su nuevo yo corporal. Ella siguió el diseño prostético de la artificialidad que recrea un modelo de femina de nuestra cultura. Consumía para producir(se)

y renacer en una nueva apariencia y en una nueva vida: cambió el color de sus ojos, ahora azulados, el de su pelo a rubio dorado, además de aumentar su volumen. Se alargó las pestañas, hizo dietas, fue al gimnasio, aprendió a maquillarse, a arreglar sus manos y sus pies y la lista parecía nunca llegar a su fin. ¿Pura *dépense*? Las lolas, por cierto, coronaban dicha lista. Cuando se publica como *escort* en una página web; *Bonitas*, una tarde de mates, expresa con fuerza: ¡*Qué culo que tengo!* Parecía tocar el cielo con sus manos como a su cliente cirujano, con quien había negociado sus nuevas lolas por servicios. ¿Cuántos? ¡Quién sabe! Sire vivía en el carril más rápido y sino, sigan leyendo. Ya recuperada de su cirugía, un caluroso día llegó con sus exuberantes lolas en su nuevo auto rojo brillante conducido por una amiga porque ella ni idea de manejar. Su cara de felicidad al bajarse del auto la lucía en una gran sonrisa. Mientras contaba su vuelta al trabajo, Sire quedó atargantada (pocos segundos), por un posteo de Avenegra que leyó: *Una locura lo que pide, porque es una negra del baile teñida de rubio. Pensar que con algunos colegas pasaba la noche por unos mangos con tal de quedarse a dormir en un hotel y no tener que volver a su rancho.* Y continuó con su almuerzo... ¿Por qué el mundo que habita Sire fascina tanto? ¿Será que en sus historias la sinergia entre la belleza y la violencia nos hechiza como los cuentos de hadas? Meses después, Sire me envió algunas fotos de su última producción con lolas y ya no tan rubia dorada, como usted puede verla. ¡Las transformaciones mágicas no paran!

*La poesía sale de su oscuro rincón
me enfrenta
me mira desde sus ojos sin párpados
y me exige testimonio sobre el hambre
la persecución
el crimen.*

*Me conmina.
Me sentencia.*

*Y antes de esfumarse otra vez
deja en mis manos un afilado puñal de punta perfecta.*

GLAUCE BALDOVIN



Poesía y Dionisio, inseparables

desde tiempos inmemoriales. Dionisio: el vino, el éxtasis que arrastra al sujeto hasta las más recónditas profundidades del ser y lo hace sentir en presencia de una fuerza *cósmica* (Perlonguer, 2016). Poesía: la *forma* del éxtasis, el exceso, el sinsentido. Dionisio: *dépense*. Poesía: *dépense*. El intertexto con Taussig se hace insoslayable, más cuando el vino se degusta en vasitos de plástico descartable. En cada reunión, cada lectura, cada presentación de libro, como aquella de *Mi signo es de fuego*, el poemario que reúne la poesía completa de la poeta cordobesa Glauce Baldovin. A salón lleno en la suntuosa sala del Espacio Cultural Museo de las Mujeres frente a la legislatura en pleno centro de Córdoba, editores, escritores, intelectuales y aficionados a las letras reunidos post presentación y la cortesía es de Dionisio, infaltable agasajo, el banquete de les



poetas. Pero el intertexto va mucho más allá, como un manto que recubre desde Argentina hasta Colombia, al igual que el *estado permanente de deriva* propio de la crisis que arrolla de la mano de una *dépense* en escala cósmica que alcanza al cuerpo humano como al cuerpo mundo que exuda, bellamente, violentamente, todo lo que ingiere.

¿Cómo me veo a mí mismo? Es siempre diferente, nos dice Taussig... De allí, la incertidumbre, la insatisfacción ante la brecha entre mi apariencia y el ideal que la cirugía cósmica hace cada vez más grande y que el *arte de gobernar* explota como un volcán de cenizas o el seno que estalla persiguiendo el deseo, el sueño colectivo, de volverse alguien más, hasta exhalar el propio halo de los relatos postmodernos que envuelven al nuevo cuerpo y convierten a la muerte en el ritual de la moda, marchando siempre delante de la curva de la historia. Se trata del barroco –dice Taussig–, “donde una estética de la artificialidad y la complejidad excesiva del arte de gobernar teatraliza el mundo” (2014:149)... estética del barroco y Estado, estética de la cirugía cósmica infundida con la actual configuración política que, en nuestra realidad tercermundista, no es otra que el estado de suspensión de la norma donde se derrama la *dépense* batailliana.

¿Cuánto tienen en común o de diferente la cirugía cósmica y la poesía o la literatura que, curiosamente, casualidades o causalidades mediante, Deleuze caracterizó como *bisturí*, como *bisturí clínico*, capaz de crear nuevas posibilidades de vida? La poesía, *dépense* por excelencia, exceso del sentido y de su propia definición, que en los últimos años ha reemergido con enorme fuerza entre los jóvenes ¿no es acaso otra cara del bisturí del cirujano plástico que opera el deseo de ser otros que se pone en acto en la escritura poética como experiencia de alteridad que nos enfrenta a la presencia del otro, de lo perturbador, lo extraño y más allá de lo humano, lo imprevisible e incalculablemente otro, lo imposible que acaece cuando le abrimos paso? ¿Cuánto de estos sueños de rechazar lo que somos o de ser algo más tienen que ver con la *seducción por objetos encantados* “que yace en el corazón del cada vez más frenético consumo del mundo” (2014:62)? Transfiguración poética y transfiguración de la *imagen como cosa* en el reino de la *realidad virtual*; poesía y cirugía cósmica: dos cuerdas de salvación que conectan la carne *real* con la virtualidad en una unidad indisoluble... *belleza y violencia*.

Tomar vino en un vaso descartable; lucir una sonrisa *a medida de diseñador*: **dos caras del bisturí**.

Sólo hay una cosa más encantadora que la belleza: la capacidad de metamorfosearse en la belleza

MICHAEL TAUSSIG

“Así quedará el futuro nudo”

María Victoria Díaz Marengo

Sin villas, ni calles de tierra, ni carros, ni caballos se diseñaba en 2013 el futuro de la zona noroeste de la ciudad de Córdoba. Usted ve que la villa El tropezón y su gente no aparecen en la imagen generada por los especialistas y divulgada por el Diario “La Voz del Interior”, la cual presentaba cómo sería en los próximos años esta área urbana. Las autopistas y los automóviles serían los dueños de estas tierras y se observa a los lejos un conjunto de torres que combinan con el gris asfalto. “Se irá transformando en una linda zona para vivir...” expresaron un par de

empresarios en otra nota periodística del mismo diario. Lo bello en sintonía con las autopistas, las torres grises y vidriadas y los automóviles. Lo feo, lo que se quería dejar atrás, lo que no se incluyó en el diseño urbano: las villas y las personas que vivían



allí hace años. Le pregunto a usted si también piensa que nuestra ciudad fue intervenida, a través de *cirugías cósmicas* (Taussig, 2014) en donde se le extirpó (desalojó) lo feo, para poder construir lo bello: la gran obra vial de Córdoba, que combina con las torres. Así como el dentista diseña la dentadura nueva del narco, los urbanistas, empresarios y el estado diseñan la ciudad. Una bonita ciudad.

Desde hace un par de meses, estoy realizando mi Trabajo Final de Licenciatura sobre las formas de habitar en un barrio cerrado en altura ubicado en esta zona. ¿Cómo es vivir en una de esas torres? Es una de las preguntas que guían la investigación. Una mujer que residió allí por unos años, me comentó: “Se parece como un *all inclusive*”. La exuberancia del diseño arquitectónico que combina las rejas, el hormigón, los ventanales vidriados, más rejas, piscinas, gimnasio, locales comerciales de todo tipo, exhibe lo bello de vivir ahí. La belleza del habitar como *dépende*.

Esta bonita zona de la ciudad, creada con torres y autopistas, no sería tal sin el terror que implicó el desalojo de las personas que vivían hace décadas en la villa. Diríjase al capítulo “Historia del Zapato” en donde Taussig analiza la transformación del modo de producción agrícola en la tierra colombiana, el paso del mundo campesino descalzo a la extensión infinita de las plantaciones agroindustriales y las cosechadoras. Al igual que esta transformación, que arrasó con la tierra colombiana, la sinergia de la belleza y la violencia ha sido parte de la transformación de esta área urbana que tenía como objetivo el “desarrollo” de la ciudad de Córdoba.